

5. Tema: Jóvenes al encuentro de Cristo a ejemplo de San Pablo.

Objetivo:

Encontrar en el ejemplo de San Pablo un camino para llegar a Cristo por medio del ejemplo de su vida de conversión, de su encuentro con Jesús, y su testimonio de vida cristiana en la misión.

Oración Inicial:

Señor, Dios Nuestro, concédenos la poderosa ayuda del apóstol Pablo, para que aquel que con su ardiente predicación nos enseñó las verdades de la fe, nos obtenga ahora por su intercesión el auxilio necesario para llegar a la salvación eterna.

Por Nuestro señor Jesucristo, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Amén.

Experiencia de Vida:

El Apóstol San Pablo es para mí vital. Y digo vital pues es vida propia. Yo tenía una cultura religiosa desde niña en mi colegio de monjas. Me gustaba leer en misa ante todos, leer en casa a solas y en voz alta la Biblia. En la adolescencia me alejé de DIOS al punto de crearme una religión propia. Así que atea, comunista y combativa. Hasta que "caí de mi caballo" a la luz de la realidad. Mi propia realidad. De ahí a mis 29 años un 2 de octubre fiesta de los ángeles custodios, que me convertí. Con Humildad empecé de nuevo, y a los meses recibí el sacramento de la confirmación. Mientras me preparaba leía junto a un buen sacerdote franciscano, a Pablo, su vida anterior, su conversión, su apostolado y me sentía sobretodo identificada en aquél que teniéndolo todo estaba ciego y ya con luz da gracias constantemente a las manos amorosas de quien le salvo. A JESUCRISTO.

Análisis de la realidad:

La Vida de San Pablo está fuertemente marcada por el encuentro que tuvo con Jesucristo Vivo y Resucitado, de tal manera que su vida da un giro radical que lo cambia totalmente. Este cambio se da desde su manera de pensar hasta la manera de orientar su vida hacia la misión a la cual ha sido llamado y que poco a poco fue descubriendo.

La Vocación de San Pablo y Nuestra Vocación a “Estar Con Jesús”

Hemos visto ya de manera sorprendente cómo fue la conversión de San Pablo que pasó de ser perseguidor de la Iglesia a ser perseguido a causa del anuncio del Evangelio y de su fe en Jesucristo.

Pero ¿podemos hablar realmente de conversión en San Pablo?

Comúnmente decimos que alguien se convierte cuando después de llevar una mala vida o una vida no tan buena, cambia su manera de ser y pensar y comienza a comportarse de mejor manera con aquellos que lo rodean, su familia, sus amigos, sus compañeros y consigo mismo. En una palabra, deja de hacer cosas malas y comienza a hacer cosas buenas.

Entonces ¿podemos seguir diciendo que San Pablo se convirtió? San Pablo que al igual que Jesús era judío, nos menciona varias veces en sus cartas que era fariseo. Actualmente cuando escuchamos la palabra “fariseo” rápidamente la relacionamos con términos como “hipócrita”, o “enemigo de Jesús”. Pero la palabra “fariseo” no significa realmente esto. Los fariseos eran judíos fieles cumplidores de la ley de Dios y se esforzaban por cumplir esta ley con la mayor delicadeza y esfuerzo posible. Trataban de hacerlo todo con perfección y con la mayor pureza posible y por lo tanto se apartaban de aquellos que no cumplían la ley, de los pecadores, y de los paganos. En esencia eran gente muy buena.

Cuando escuchamos que San Pablo perseguía a la Iglesia de Cristo, debemos entender que no hacía esto porque fuera malo, o un asesino despiadado, sino porque pensaba que con esto estaba haciendo la voluntad de Dios al combatir a estas personas que decían que Jesús era Dios. Por lo tanto San Pablo no era una persona mala, sino una persona que se sentía demasiadamente buena, que con sus esfuerzos se estaba ganando a Dios.

Entonces cuando hablamos de conversión de San Pablo estamos hablando de una conversión mucho más profunda. Jesús al iniciar su misión comienza con un mensaje para todos aquellos que quieran ser parte del Reino de Dios: *“El plazo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio. Mc 1, 15”*. La palabra “conviértanse” en su sentido más profundo significa “cambiar de mentalidad”, cambiar nuestra manera de pensar. En este sentido sí podemos decir que San Pablo se convirtió. San Pablo pasó de ser una persona “buena”, a ser una persona “con Cristo”, que tiene toda su confianza puesta en Cristo, que sabe que la salvación no es algo que él mismo se puede ganar con sus buenas obras, sino que la salvación es un regalo que Jesucristo le ha dado y que sólo debe poner de su parte. ¿Cuántas veces no pasa esto con nosotros, pensando que no necesitamos de Cristo, que nuestra vida marcha bien, y que con cumplir unos cuantos mandamientos nos estamos “ganando” la salvación.

Pero San Pablo no se dio cuenta de todo esto hasta que se encontró con Jesús y cayó por tierra.

(En este momento se puede utilizar alguna experiencia de encuentro con Cristo propia del expositor que ayude a los jóvenes o alguna otra que pueda dar luz al tema)

San Pablo se encuentra con Cristo y desde ese momento toda su vida cambia radicalmente. Es un encuentro tan profundo que San Pablo no se referirá a él como el momento de su conversión, sino el momento en que descubrió la vocación a la que fue llamado y que Dios tenía destinada para él desde el seno de su madre.

Cuando Cristo irrumpe en nuestra vida no solamente nos lleva a cambiar nuestra manera de actuar, buena o mala, sino que nos hace descubrir el plan que Dios tiene destinado para nosotros, y el amor con el que nos creó para una misión especial: estar con Él, ser de Él.

Este cambio radical, el de San Pablo y el nuestro, no es obra humana, sino que es obra de Dios, es iniciativa de Dios. ¿Cómo puede Dios santo fijarse en un hombre blasfemo, perseguidor y violento? ¿Cómo puede el Todopoderoso dirigir su llamada a una criatura tan débil, frágil y pecadora? Todo esto vale tanto para San Pablo como para cada uno de nosotros.

La vocación a estar con Él y ser de Él, no se basa en nuestra dignidad, o en lo que nosotros le podamos aportar. Dios se ha dignado, por puro amor, establecer una relación personal con cada uno de nosotros. Éste es el fundamento de nuestra verdadera dignidad, todas las demás cosas son secundarias. Dios ha elegido a un perseguidor, para hacer de él un apóstol, a fin de que este apóstol no atribuyera a sus propios méritos su vocación, ni la fecundidad de su ministerio, sino que reconociera en todo la iniciativa admirable del amor de Dios. Ésta es la primera lección que Pablo ha aprendido de las circunstancias de su vocación, y que después ha inculcado en los demás.

Mensaje:

El encuentro constante con Jesús nos lleva a la misión.

El encuentro con Jesús que tuvo San Pablo no fue como ver simplemente una estrella fugaz en la noche, la cual nos maravilla con su luz, pero rápidamente desaparece. El encuentro de San Pablo fue un encuentro para siempre y un encuentro de día a día, es decir, un encuentro que exigía estar en un constante encontrarse con Jesús en su vida cotidiana. Muchas veces varios de nosotros esperamos tener un encuentro “maravilloso” con Cristo que nos lleve a la “conversión” de nuestra vida para siempre. Pero el encuentro con Jesús no puede ser solamente un momento fugaz, lleno de alegría y gozo, o de arrepentimiento y lágrimas. El verdadero encuentro con Jesús es aquel que se da para siempre, que se renueva día con día, que se da en medio de la sencillez y la cotidianidad de la vida.

En cierta ocasión se acercó una amiga que había vivido al igual que yo la Pascua. Era cerca del mes de diciembre. Yo le pregunté que cómo estaba y ella comenzó a platicarme varios problemas personales que tenía en ese momento. Entonces me miró a los ojos y me dijo: -¿Por qué mientras que viví los días de Pascua juvenil me sentía tan llena de Dios y tan confortada para afrontar mis problemas, y ahora, apenas algunos meses estoy igual o peor que antes y siento como si Dios me hubiera abandonado?

Por un momento me quede pensando y recordando que igual que ella yo había sentido lo mismo en algunas ocasiones. Entonces le dije: -No es que Dios te haya abandonado, o que solamente esté contigo durante el momento de la Pascua Juvenil, sino que tal vez seas tú la que se ha alejado de Él. Durante la Pascua –continué diciéndole- vivimos varios momentos de encuentro con Jesús y por esto sentimos su presencia tan cercana, pero una vez que salimos de la Pascua ya no volvemos a dedicar más tiempo a estar con Él, como

queriendo que lo que vivimos en la Pascua nos dure para siempre. Lo que necesitamos es seguir teniendo encuentros con Cristo, día a día, ya sea en el silencio y la oración personal, asistiendo durante la semana a misa o, concretamente, seguir asistiendo a las reuniones del grupo juvenil de cada semana.

El encuentro diario de San Pablo con Cristo implicaba abrirse a Él, entregar su vida entera: proyectos, debilidades, cualidades, pecados, trabajos, triunfos, fracasos; en fin, estar abandonado en la confianza a Cristo. De este modo podemos decir que San Pablo iba conociendo día a día el Corazón de Cristo. Pablo es el hombre que ha descubierto la perla preciosa, el hombre que ha encontrado el tesoro en el campo, y ha quedado fascinado a tal grado que lo ha vendido todo para conseguir este tesoro, que es el propio Cristo. Pablo está enamorado, inducido por la locura del amor y por lo cual deja las cosas máspreciadas, para seguir a su amado; de este amor surge la misión de San Pablo. La misión no es solamente una transmisión de un mensaje, sino un testimonio que brota de la experiencia del encuentro y que lleva al deseo de transmitir esta experiencia los demás. Es en la misión donde se manifiesta la autenticidad de la conversión y del amor, pues es en la misión donde San Pablo encuentra los mayores sufrimientos y dificultades. San Pablo demuestra toda la sinceridad de su amor por Cristo al compartir con él los padecimientos y las humillaciones que trae consigo la misión.

El mismo nos cuenta las dificultades que ha sufrido en la misión: *“Cinco veces he recibido de los judíos los treinta y nueve golpes de rigor, tres veces he sido azotado con varas, una vez apedreado, tres veces he naufragado; he pasado un día y una noche a la deriva en alta mar. Los viajes han sido incontables; con peligros al cruzar los ríos, peligros provenientes de asaltantes, de mis propios compatriotas, de paganos; peligros en la ciudad, en despoblado, en el mar; peligros por parte de falsos hermanos. Trabajo y fatiga, a menudo noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez. 2 Corintios 11, 24-27”.*

Esto nos invita a preguntarnos si hemos hecho la misma conversión fundamental, y si la mantenemos con fidelidad, es decir, si hemos verdaderamente renunciado fundar nuestro valor personal en nuestras obras, en nuestros esfuerzos, en un sistema de valores; preguntémonos si de hecho hemos decidido apoyar nuestra existencia únicamente en la persona de Cristo. ¿De verdad hemos abandonado nuestras pretensiones individuales? ¿O tal vez nos hemos dejado reconquistar poco a poco por los valores comúnmente reconocidos por el mundo, a saber: la búsqueda de éxito, de los elogios, de una vida cómoda y respetable? Tenemos que preguntarnos si la relación con Cristo es verdaderamente nuestro único tesoro, si queremos como Pablo “ganar” a Cristo y nada más; o si tenemos, de manera más o menos consciente, otros tesoros que nos hacen perder de vista la única cosa decisiva, nuestra relación personal con el Señor, que nos ama, que nos ha llamado, que nos quiere comunicar su amor, que desea introducirnos en la dinámica de su misterio de muerte y de vida.